

El paraíso de los gatos

libro al
viento



Émile

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

libro al viento



UNA CAMPAÑA DE FOMENTO
A LA LECTURA CREADA POR
LA SECRETARÍA DE CULTURA
RECREACIÓN Y DEPORTE Y LA
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN E
IMPULSADA POR LA FUNDACIÓN
GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

Alcaldía Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Secretaría de Educación del Distrito

Fundación Gilberto Alzate Avendaño

Émile Zola

El paraíso de los gatos

Le paradis des chats

Ilustraciones José Rosero

Traducción Silvia Ruiz

Nota introductoria de Julio Paredes Castro

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Samuel Moreno Rojas

Alcalde Mayor de Bogotá

**SECRETARÍA DISTRITAL DE CULTURA,
RECREACIÓN Y DEPORTE**

Catalina Ramírez Vallejo

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

FUNDACIÓN GILBERTO ALZATE AVENDAÑO

Ana María Alzate Ronga

Directora

Julián David Correa Restrepo

Gerente del Área de Literatura

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DEL DISTRITO

Carlos José Herrera Jaramillo

Secretario de Educación

Jaime Naranjo Rodríguez

Subsecretario de Calidad y Pertinencia

William René Sánchez Murillo

Director de Educación Preescolar y Básica

Sara Clemencia Hernández Jiménez

Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

© De esta edición, mayo de 2010

Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2010

www.fga.gov.co

ISBN 978-958-8471-39-6

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Pilar Gordillo

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso en Bogotá por la Subdirección Imprenta Distrital DDDI

7	Introducción JULIO PAREDES
11	<i>El paraíso de los gatos</i> ÉMILE ZOLA
41	Epílogo
43	El libro ilustrado infantil en Colombia MARIA OSORIO

El breve relato “El paraíso de los gatos”, del escritor francés Émile Zola (1840-1902), podría entenderlo el lector de *Libro al viento* como una divertida metáfora sobre las ilusiones, ya sean vanas o sinceras, a las que conduce el aburrimiento. Narrada en primera persona, desde la voz y la perspectiva de un rechoncho y consentido gato de Angora, la trama cuenta las aventuras callejeras a las que se enfrenta el protagonista felino durante las pocas horas que van de un día a una noche, hasta el amanecer siguiente.

Con la tierna edad de dos años, el gato ha vivido recluido en una existencia en extremo cómoda, con todas las ventajas posibles, y sin las necesidades acuciantes de quien no tiene que hacer ningún esfuerzo por sobrevivir, ni para ganarse el cariño o un buen trozo diario de carne fresca.

Sin embargo, al joven e inexperto gato esta felicidad hogareña lo aburre y, un día, después de mirar por la ventana hacia afuera, hacia los tejados donde corren y pelean los gatos callejeros sin dueño, al aire libre y al sol, queda convencido de que la vida verdadera se encuentra allá, en esa especie de paraíso de canales y tejas, donde todos los demás se mueven con envidiable libertad.

Como en cualquier otra fábula sobre la iniciación y el aprendizaje de la vida, el argumento del relato de “El paraíso de los gatos” gira en torno a un asunto fundamental: y es el de si los espejismos que levanta lo desconocido, que es también a veces lo extraño y lo maravilloso, tendrían mayor valor que la

seguridad de una vida estable, con el bienestar y el alivio asegurados. Sin embargo, y como sabrán también los lectores de *Libro al viento*, a los gatos los ha matado siempre la curiosidad.

El relato “El paraíso de los gatos” apareció publicado por primera vez en 1874, en una colección titulada *Nuevos cuentos para Ninon* (*Nouveaux contes à Ninon*). Era el segundo libro de cuentos publicado por Émile Zola y, como lo contaba el autor en el prólogo del mismo, estas nuevas historias podían entenderse como la continuación o segunda parte a su primer libro publicado diez años atrás en 1864, *Los cuentos para Ninon* (*Les contes à Ninon*), con el que iniciaba su carrera de escritor.

Estas dos colecciones de relatos estaban dedicadas a una especie de musa y amante ideal ficticia llamada Ninon, criatura femenina inventada por Émile Zola como la representación de la región de Provence, territorio de una tranquilidad bucólica donde transcurrieron los años de juventud y escribió sus primeros versos de corte romántico. El autor afirmaba entonces que, cada vez que escuchaba en su memoria los ecos de Provence en la voz y la imagen de Ninon, no podía resistirse a enviarle una respuesta por medio de unos relatos breves y sencillos. A pesar de ser un lugar donde conoció también la penuria económica, Provence seguiría siendo para Zola, a lo largo de sus años, la geografía sentimental que contrastaba con la dura realidad de París y que más adelante plasmó en sus novelas, con incuestionable crudeza.

Hijo único del ingeniero civil de origen italiano, François Zola, y de Emilie Aubert, francesa y veinticuatro años menor que su esposo, Émile Zola nació en París, pero a los tres años se trasladó con la familia a Aix-en-Provence. Su papá había sido contratado para la construcción de una importante represa para la región, pero pronto cayó en la ruina y murió antes de que Émile cumpliera los siete años. En 1858 Émile debe trasladarse a París y, sin poder terminar los estudios, empieza a trabajar en los más variados oficios, desde dependiente en la aduana,

empleado en una librería, hasta periodista en varios medios impresos, para contrarrestar la miseria que los acosaba a él y a Emilie.

Trabajador incansable y convencido desde siempre de su talento y oficio de escritor, Émile Zola iniciaba entonces, desde la publicación de *Les Contes à Ninon*, una carrera literaria de casi cuarenta años y que no se detendría hasta el día de su muerte. En 1867 publicaba la novela *Thérèse Raquin*, en cuyo prólogo trazaba los primeros esbozos de una teoría sobre la representación del mundo que más adelante se conocería como “naturalismo” y que daría forma a uno de los movimientos literarios y culturales más importantes de Francia en el siglo XIX.

Con el propósito fundamental de mostrar desde la literatura, en especial desde la novela, que la naturaleza del ser humano, con sus pasiones, debilidades y males físicos, se encontraba determinada por el medio, las circunstancias y la herencia social, el naturalismo se oponía a los ideales anteriores del romanticismo. De esta manera, Émile Zola planteó que la novela naturalista debía reproducir con total realismo, con rigor científico y objetividad todos los aspectos de la vida, tanto los más hermosos como los más bajos. Bajo esta perspectiva Émile Zola concibió su ambicioso plan literario de veinte novelas, con más de doscientos personajes, que llevaba el título general de *Les Rougon-Macquart*, que le darían la fama y su lugar en la historia de la literatura, con títulos como *La fortuna de los Rougon* (1871), *El vientre de París* (1873), *La taberna* (1877), *Naná* (1879), *Germinal* (1885), *La bestia humana* (1890) y *El Doctor Pascal* (1893).

Entre 1898 y 1899, Émile Zola vivió exilado en Inglaterra como consecuencia de un juicio en su contra por difamación, a raíz de su famoso texto *Yo acuso* (*J'accuse*), carta dirigida al presidente de la república y publicada en el periódico *L'Aurore*, que hacía referencia a la defensa del militar de origen judío Alfred Dreyfus, condenado a muerte por traición a la patria. Sería una de las más importantes declaraciones

de Émile Zola contra el antisemitismo rampante, que anunciaba ya varios de los crímenes que tomarían forma en el siglo xx.

Como ha sucedido con la muerte de tantos otros, a la de Émile Zola también la acompañó el misterio, pues, aunque se dice que murió de asfixia por el escape de una estufa de gas en su apartamento de la rue Bruxelles en París, no faltaron quienes afirman que fue asesinado.

JULIO PAREDES CASTRO

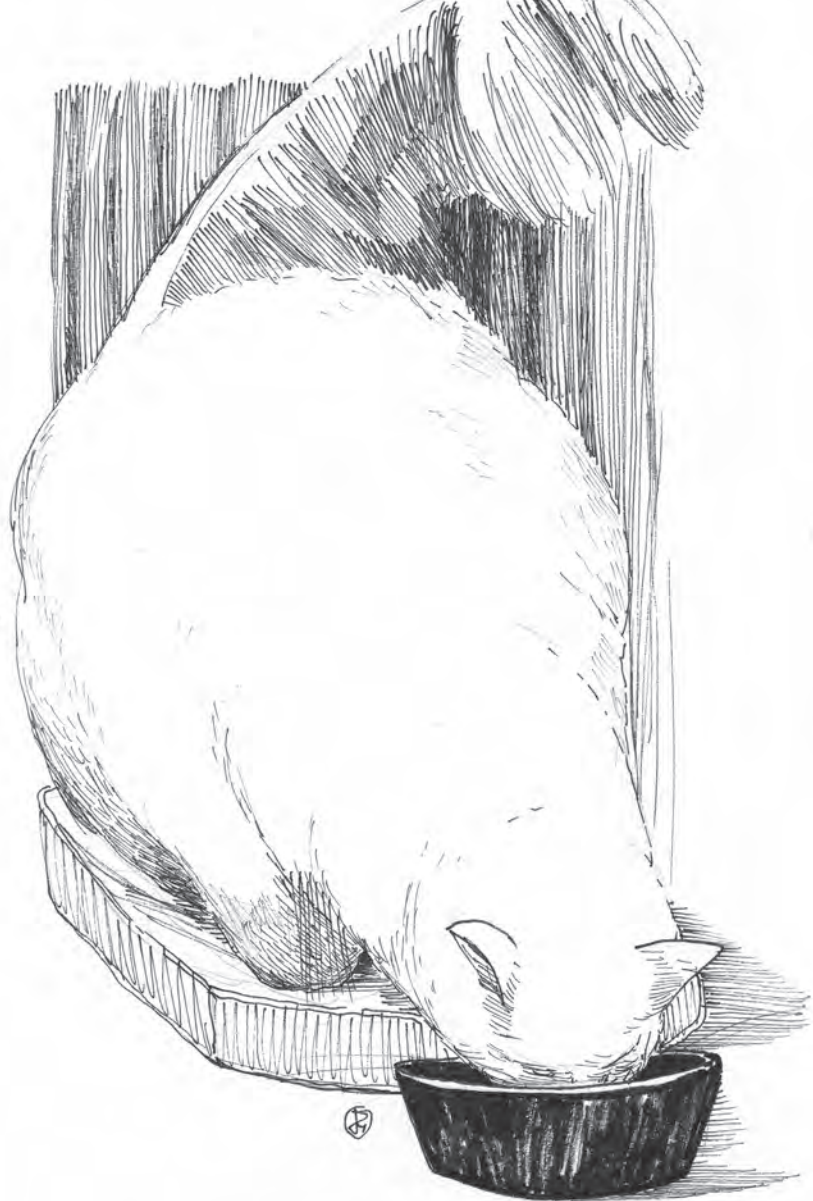
EL PARAÍSO
DE LOS GATOS



UNA TÍA ME LEGÓ UN GATO ANGORA QUE
ES EL ANIMAL MÁS ESTÚPIDO QUE YO
HAYA CONOCIDO.

HE AQUÍ LO QUE MI GATO ME CONTÓ,
UNA NOCHE DE INVIERNO, FRENTE A LAS
BRASAS CALIENTES.



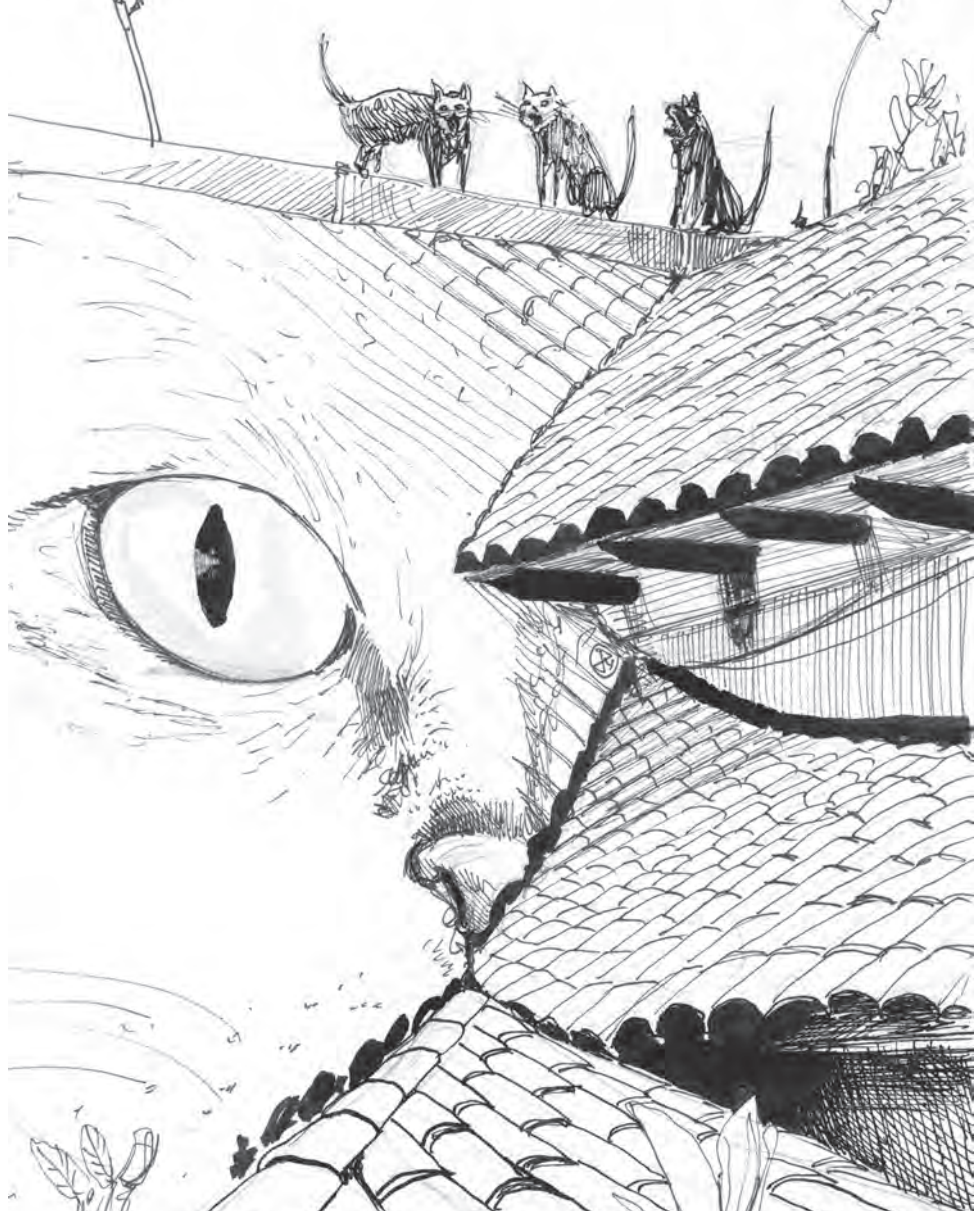


TENÍA en ese entonces dos años y era el gato más gordo e ingenuo que se haya visto. A esa tierna edad yo mostraba la vanidad de un animal que desprecia la dulzura del hogar. Y sin embargo cuán agradecido debía estar a la Providencia por haberme depositado en la casa de su tía. La santa mujer me adoraba. Yo tenía, en el fondo de un armario, una verdadera habitación: un cojín de plumas y tres cobijas. La comida valía tanto como la cama. Ni pan, ni sopa, solamente carne, una buena carne jugosa.

Pues bien, en medio de tanta dulzura yo sólo tenía un deseo, un sueño, el de escabullirme entre la ventana entreabierta y huir sobre los tejados. Las caricias me parecían sonsas, la blandura de mi cama me producía náuseas, y estaba tan gordo que me repugnaba a mí mismo. Y me aburría todo el día a causa de mi felicidad.

TENGO que decirle que, estirando el cuello, alcancé a ver el tejado de enfrente. Ese día, cuatro gatos, se peleaban, con los pelos erizados, la cola alta, rodando sobre las tejas azules a pleno sol, con exclamaciones de alegría. Nunca había visto un espectáculo tan maravilloso. Desde ese momento mi convencimiento fue total. La verdadera felicidad estaba sobre ese techo, detrás de esa ventana que cerraban tan cuidadosamente. La prueba estaba en que, de la misma manera, cerraban las puertas de los armarios tras las cuales escondían la carne.

Postergaba el momento de huir. Debía existir en la vida otra cosa más que carne jugosa. Y aquello era lo desconocido, el ideal. Un día olvidaron cerrar la ventana de la cocina. Yo salté sobre un pequeño techo que se encontraba debajo.





¡QUÉ techos tan hermosos! Largos canalones los bordeaban, exhalando olores deliciosos. Seguí con cadencia esos canalones, donde mis patas se hundían en un barro suave y que tenía una tibieza y una suavidad infinitas. Me parecía caminar sobre terciopelo. Hacía un calor agradable, un calor que fundía mi grasa.

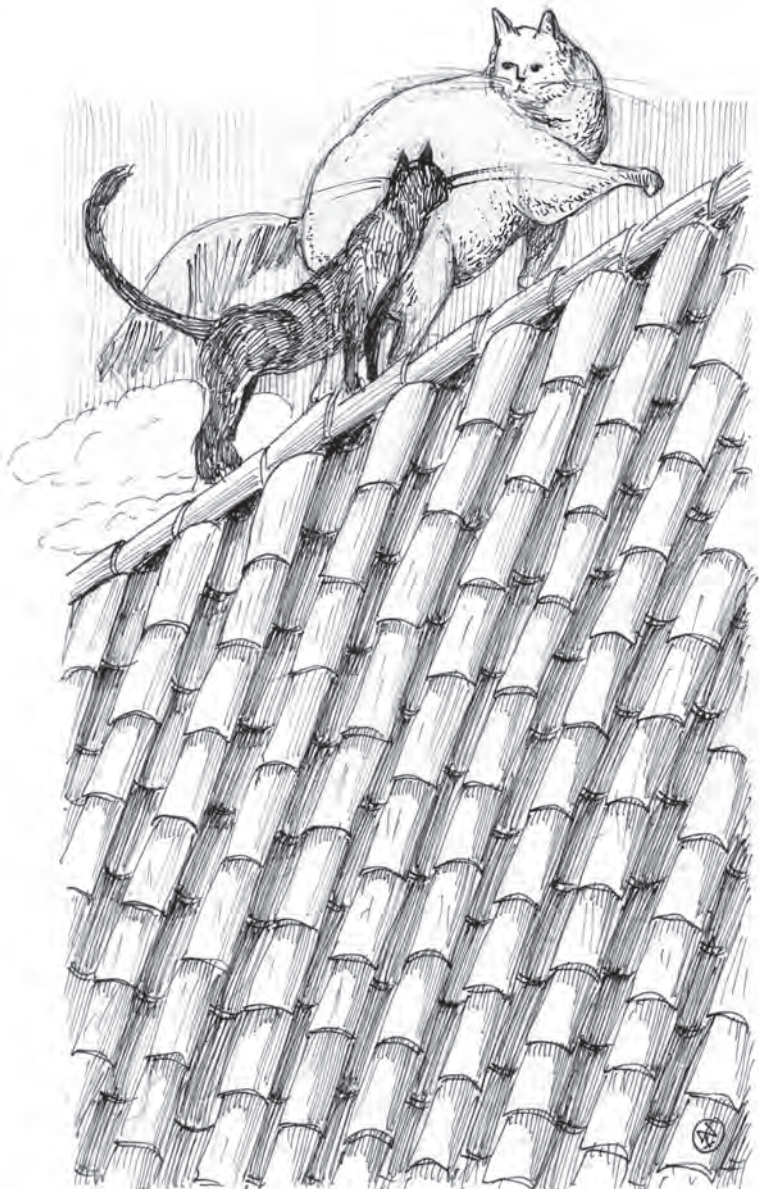
No le ocultaré que todo mi cuerpo temblaba. Dentro de mi alegría había miedo. Recuerdo sobre todo una emoción inmensa que casi me hace caer de bruces en el pavimento.

Tres gatos que venían del techo de una casa, se acercaron hacia mí maullando horriblemente. Y como yo desfallecía, me llamaron gordo, y me dijeron que habían maullado por molestar. Maullé con ellos. Era encantador. Esos gallardos no tenían mi desagradable gordura. Se burlaban de mí cuando me resbalaba como una bola sobre los tejados de zinc, calientes bajo el sol ardiente. Un viejo gato callejero de la banda se encariñó especialmente conmigo. Se ofreció para educarme, cosa que acepté agradecido.

¡OH! ¡Qué lejos estaba la suavidad de su tía! Bebía de las canaletas y ninguna leche me había parecido tan dulce. Todo me pareció bueno y bello. Una gata pasó, una gata encantadora, que al mirarla me provocó una emoción desconocida. Hasta ese momento sólo mis sueños me habían mostrado la suavidad que podía tener la espina dorsal de esas adorables criaturas. Mis tres compañeros y yo nos lanzamos al encuentro de la recién llegada. Adelanté a los otros, e iba a hacer un cumplido a la encantadora gata cuando uno de mis camaradas me mordió salvajemente el cuello. Grité de dolor.

—¡Bah! —me dijo el gato viejo arrastrándome—, ya verá usted muchas otras.





3

AL cabo de una hora de dar un paseo, sentí un hambre feroz.

–¿Qué podemos comer sobre los tejados?

–pregunté a mi amigo, el vagabundo.

–Lo que encontremos –me respondió sabiamente.

ESTA respuesta me incomodó, pues por mucho que me esforzara, no encontraba nada. Percibí en una buhardilla a una joven obrera preparando su almuerzo. Sobre la mesa, debajo de la ventana, reposaba una magnífica costilla de un rojo apetitoso.

–Esto es lo que me conviene –pensé ingenuamente.

Y salté sobre la mesa, de donde tomé la costilla. Pero la obrera me vio y me atestó un escobazo en el espinazo. Solté la carne, y escapé gritando una blasfema espantosa.

–¿Viene de un pueblo? –me dijo el vagabundo–. La carne que está sobre la mesa es para desear de lejos. Debemos buscar dentro de los canalones.

Yo nunca pude entender que la carne de las cocinas no perteneciera a los gatos. Mi estómago comenzaba a reprocharme seriamente. El vagabundo terminó de desesperarme al decirme que teníamos que esperar a que anoheciera. En ese momento, descenderíamos a la calle y hurgaríamos en los botes de basura. ¡Esperar a que anochezca! Lo decía tranquilamente, con aire de filósofo curtido. Yo me sentía desfallecer de sólo pensar en un ayuno tan prolongado.



4

LA noche llegó despacio con una niebla que me congeló. Pronto empezó a llover, una lluvia fina, penetrante, azotada por brucas ráfagas de viento. Bajamos por el ventanal de una escalera. ¡La calle me pareció horrorosa! Ya no había ese calor, ese sol ancho, esos techos blancos de luz donde nos apoltronábamos deliciosamente. Mis patas resbalaban sobre el cemento grasoso. Recordé con amargura mis tres cobijas y mi cojín de plumas.





APENAS llegamos a la calle, mi amigo el vagabundo se puso a temblar. Se redujo tanto como le fue posible y se escabulló hipócritamente entre las casas, pidiéndome que lo siguiera con rapidez. Al encontrar una puerta cochera, se refugió a toda prisa, dejando escapar un ronroneo de satisfacción. Al interrogarlo acerca de aquella huida, me preguntó:

–¿Vio a ese hombre que tenía un cesto y un gancho en la mano?

–Sí.


–¡Pues bien, si nos hubiera visto, nos hubiera matado y comido asados!

–¡¿Comido asados?! –exclamé–. Pero, ¿la calle no nos pertenece? ¡No comemos y además nos comen!

Entre tanto, habían sacado la basura a la calle. Yo escarbaba los montones con desesperación. Encontré dos o tres huesos escuálidos que quedaban en las cenizas. En ese momento comprendí cuán deliciosas eran las menudencias frescas. Mi amigo el vagabundo rasgaba artísticamente la basura. Me hizo correr hasta la mañana, explorando cada adoquín, sin prisa alguna. Durante cerca de diez horas estuve sometido a la lluvia, todos mis miembros tiritaban. Maldita calle, maldita libertad, ¡cómo extrañaba mi prisión!







DE día, cuando el vagabundo me vio tambalear,
me preguntó con aire extraño:

–¿Ya tuvo suficiente?

–Absolutamente –respondí.

–¿Quiere volver a su casa?

–Desde luego, pero, ¿cómo encontrar la casa?

–ACÉRQUESE. Esta mañana, viéndolo salir, comprendí que un gato gordo como usted no está hecho para las crueles dichas de la libertad. Conozco su morada, lo llevaré hasta la puerta.

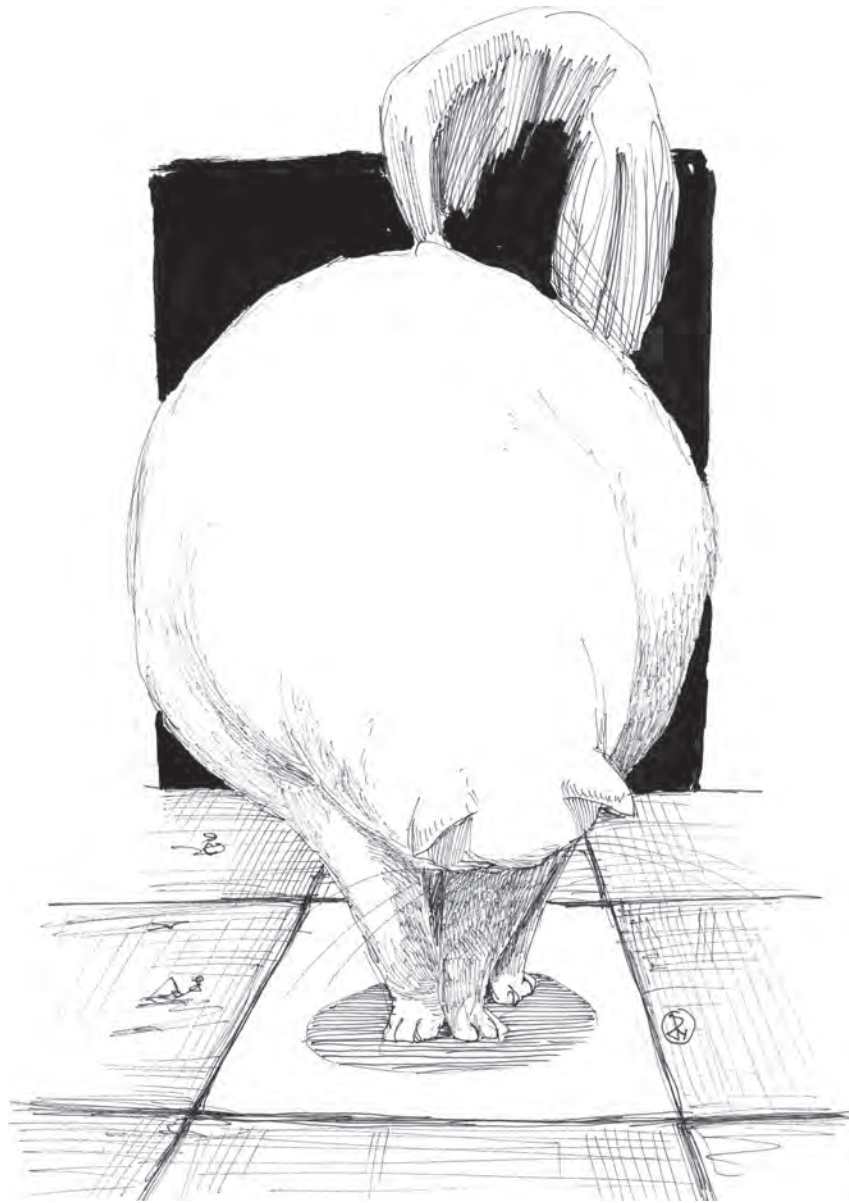
Lo dijo simple y dignamente, ese viejo gato vagabundo. Cuando hubimos llegado me dijo sin expresar la más mínima emoción.

–Adiós.

–¡No! –grité–. No nos separemos así. Usted va a venir conmigo, compartiremos la misma cama y la misma carne. Mi ama es una santa mujer...

Él no me dejó terminar.





–CÁLLESE –dijo bruscamente–, usted es un tonto. Me moriría entre sus blandas tibiezas. Su vida holgada está bien para los gatos bastardos. Los gatos libres nunca comprarían al precio de una prisión sus menudencias y su cojín de plumas... Adiós.

Y se regresó a los tejados. Vi su grande y delgada silueta temblar de placer ante las caricias del sol naciente.

Cuando regresé, su tía tomó el mazo y me propinó un castigo que recibí con una profunda alegría. Saboreé ampliamente la voluptuosidad del calor y de ser golpeado. Mientras que ella me golpeaba, yo fantasmaba con la deliciosa carne que me iban a servir en seguida.

6

–VEA usted –concluyó mi gato estirándose frente a la chimenea–, la verdadera felicidad, el paraíso, mi querido maestro, es el de estar encerrado y golpeado en una pieza donde hay carne.







ME REFIERO
A LOS GATOS.

El paraíso de los gatos, el título setenta del programa de promoción a la lectura *Libro al viento*, entrega a los lectores dos invitaciones: la de iniciarse en la obra de Émile Zola y la de descubrir a través de las ilustraciones otra manera de disfrutar la lectura.

Para lograr la segunda meta que nos propusimos con este libro, la Gerencia de Literatura de la Fundación Gilberto Alzate Avendaño en alianza con la Cámara Colombiana del Libro y la Asociación Colombiana de Libreros Independientes, realizamos durante el 3er. Festival del Libro Infantil y Juvenil, un concurso nacional de ilustración que tuvo por premio el contrato que ha permitido la ilustración de este libro. Gracias a este concurso, los lectores de Libro al viento pueden disfrutar de las letras de Zola y de las líneas de José Rosero. Junto con su fallo, los jurados Angela Lago, María Fernanda Paz Castillo, Camila Cesarino, Olga Cuéllar y Paola Caballero, recomendaron la publicación de otros trabajos que se presentaron al concurso, obras cuya calidad merece reconocimiento.

Gracias a la generosidad de los artistas Miguel Bustos, Diego Sánchez y Rafael Yockteng, podemos publicar en esta última parte de *El paraíso de los gatos*, sus tres ilustraciones que son también otras formas de leer las aventuras del personaje de Zola. Iniciamos esta sección con un texto de la editora y librera María Osorio, que pone a nuestros lectores en contexto de la situación de la ilustración en Colombia.

A los ilustradores de este libro y a María Osorio, nuestros agradecimientos.

DIEGO SÁNCHEZ



EL LIBRO ILUSTRADO INFANTIL EN COLOMBIA

Es indudable que en los libros para niños ha surgido una gran alianza entre el texto y la imagen. Ambos se unen para permitir la construcción de significado por medio del contrapunto, complementándose o usando cualquier otra técnica narrativa, pero siempre yendo más allá del texto, encontrándose para construir discursos y contenidos más complejos. Esta circunstancia ha permitido a la literatura infantil incursionar en temas de actualidad que parece preferible que los niños puedan comprender desde la literatura, desde el arte y no sólo desde los medios masivos: los periódicos, el Internet, la televisión.

Pero, ¿de qué imagen hablamos? Cuando hablamos de imagen de calidad ya no hablamos de ilustraciones “bien hechas” (esto debería darse por descontado). Imágenes que no solo requieren trabajo, inspiración y habilidad. Más bien hablamos de imágenes con “espesor”, producidas por ilustradores que tienen algo que decir, algo que contar, en contraposición a la imagen propuesta por los medios, y por la exigencia de velocidad y ruido, en contra de la duración, de la permanencia, del silencio, permitidos por la imagen impresa, y de la ambigüedad, porque una buena ilustración no deja ver todo, se detiene en detalles e induce al lector a buscar en su propio interior, en su propia lectura. Le permite dejar de mirar durante un rato, detenerse a pensar e incluir su propia experiencia en lo leído.

La historia del libro ilustrado en Colombia es reciente, tanto que podríamos rastrearla apenas unos treinta años atrás. Con contadas excepciones antes de esta época, entre ellas la más importante la de Sergio Trujillo Magnenat, que en los años cincuenta recreó de manera magistral personajes y espacios de nuestro país, en contravía con las tendencias comerciales imperantes sobre la imagen en la época.

Ciudadanos, campesinos, soldados de las gestas libertadoras y la diversidad de la naturaleza colombiana fueron retratados por este pintor en libros para niños.

A principio de los años ochenta, el *boom* de la literatura infantil llegó a Colombia. Editorial Norma reunió dos personas que serían claves en el inicio de una producción de calidad de libros ilustrados: Silvia Castrillón, bibliotecaria antioqueña, que venía de haberse especializado en literatura infantil en Francia y en Canadá, y Diana Castellanos, con estudios en ilustración en Londres y Bratislava; juntas produjeron en el primer año de trabajo más de treinta libros. Simultáneamente, Carlos Valencia Editores inició un fondo de libros para niños bajo la dirección de Margarita Valencia acompañada por el diseñador Camilo Umaña, una colección que cosechó todos los premios disponibles en la época por su calidad editorial. De estos inicios son los ilustradores colombianos: Alekos, Rodez, Ivar Da Coll, Diana Castellanos, Olga Cuéllar, Esperanza Vallejo, quienes se convierten en grandes ilustradores no solo por la calidad de su trabajo, sino por la posibilidad de publicar. Porque el *boom* incluye no solo la disponibilidad de buenos dibujantes sino la posibilidad de que estos se conviertan en buenos ilustradores, de la mano de editores y directores de arte. Que puedan confrontar su trabajo en el mercado, que su obra crezca a partir de la posibilidad de tener un trabajo continuo, permanente. Y esto es, a diferencia de lo que ocurre hoy, la fortuna que tuvieron los ilustradores que empezaron en los ochenta.

Hoy en día en Colombia se producen menos libros para niños por año que los que se produjeron en la década de los ochenta, sin embargo, la cantidad de jóvenes que quieren convertirse en ilustradores se multiplica geométricamente. En el mundo editorial las ilustraciones ya no están limitadas exclusivamente al libro para niños, hoy el cómic (gravado con IVA en Colombia, y por lo tanto de bajísima circulación



y mínima producción), la novela gráfica y los clásicos ilustrados o recontados a través de imágenes, están a la orden del día en el resto del mundo, pero ¿y en Colombia? Entre todas las editoriales que producen libros para niños en Colombia no se editan más de veinte libros ilustrados al año. Los ilustradores de libros para niños han optado por crear sus propios proyectos y por participar en concursos internacionales que les den luego de sus propios éxitos, espacios en las editoriales. Entre las editoriales que no están especializadas sólo proyectos independientes como el de La Silueta en Bogotá y Tragaluz en Medellín, están creando colecciones de libros ilustrados no necesariamente infantiles o juveniles donde algunos ilustradores podrían tener cabida.

Ante este panorama es importante el espacio que ofrece *Libro al viento*, para dar a conocer y dar oportunidad a esta expresión del arte y de la creación de libros.

MARÍA OSORIO





EL PARAÍSO DE LOS
GATOS DE ÉMILE ZOLA
FUE EDITADO POR LA
FUNDACIÓN GILBERTO
ALZATE AVENDAÑO
Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DEL DISTRITO
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento

BAJO EL NÚMERO SETENTA
Y SE IMPRIMIÓ EL MES DE
JUNIO DEL AÑO 2010 EN
BOGOTÁ



Este “Libro al viento” será trabajado por los maestros y maestras que lideran los procesos de aprendizaje en la incorporación de la lectura, escritura y oralidad desde todos los ciclos y áreas del currículo, en el marco del proyecto “Transformación pedagógica para la calidad de la educación” y de la “Herramienta para la vida: aprender a leer y escribir correctamente”.

**DISTRIBUCIÓN GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA**



Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

